

La génesis de la esfera pública global

César Ricardo Siqueira Bolaño

César Ricardo Siqueira Bolaño: economista brasileño especialista en comunicación; director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad Federal de Sergipe, Sao Cristovao.

Palabras clave: globalización, burguesía, capitalismo, Estado.

La globalización debe entenderse, desde un punto de vista estructural, como la forma actual de un proceso más antiguo de transformaciones profundas del capitalismo a nivel mundial, en el interior del cual los aspectos económicos ligados a la expansión del capital financiero internacional y de la transnacionalización del capital productivo se articulan a otros de orden político y cultural. En este artículo se presenta la cuestión del posible origen de una esfera pública global, elemento clave para la constitución de un Estado global capitalista. Se observa, en especial, que si la respuesta a esa pregunta es afirmativa, la nueva esfera pública global tiene parecidos fundamentales con la esfera pública burguesa del capitalismo liberal aunque, para el grueso de la población mundial, siga teniendo vigencia el paradigma de la vieja industria cultural monopolista y de la cultura de masas.

El término globalización sólo puede encontrar un sentido correcto para describir la actual situación del capitalismo si se lo interpreta como el punto culminante de un largo proceso de cambios estructurales que transformaron profundamente, en un sentido no sólo cuantitativo, el sistema social en su conjunto. En adelante, consideraremos algunos aspectos del problema, en especial la cuestión de la posible constitución de una esfera pública global, elemento clave para la estructuración de un Estado global capitalista.

El primer aspecto de la globalización es la existencia de un sistema financiero internacional que funciona, fundamentalmente, fuera del control de los Estados nacionales. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los países vencedores llegaron a un consenso en materia geopolítica y económica que se tradujo en el mundo capitalista, entre otras cosas, en el envío de importantes flujos de capital de Estados Unidos hacia otros países, primero bajo la forma de ayuda financiera y, luego de inversión directa, permitiendo el crecimiento pero generando un exceso de

liquidez en el mercado internacional que se convirtió en un problema ya a fines de los 60 y sobre todo en los 70, como el fenómeno de los eurodólares y luego los petrodólares.

La consecuencia más obvia de la existencia de esa masa monetaria que circulaba a nivel mundial, cada vez más fuera del control de las autoridades monetarias nacionales, fue el endeudamiento externo de los países del llamado Tercer Mundo, que llevó a la debacle general de 1982 y todo lo que la siguió. Sea como fuere, el modo de regulación del sistema mundial definido al final de la Segunda Guerra funcionó muy bien durante treinta años promoviendo un crecimiento ininterrumpido como nunca se había visto antes. Algo, además, completamente inesperado pues durante el largo periodo que va de la Primera a la Segunda Guerra, la expectativa de la mayoría de los analistas era la del fin del capitalismo dado el grado de crisis y descomposición que el sistema había alcanzado.

A partir de 1945 todas las nubes se disipan y se inicia un proceso de expansión inusitado, basado en una estructura determinada de la economía mundial, entre cuyas características figuran los déficits de la balanza de pagos de EEUU que en los 70, dado el profundo desgaste de la hegemonía del dólar, se verá obligado a decretar el fin de la convertibilidad de su moneda, lo que significaba una ruptura fundamental del pacto global posterior a 1945.

Al final de la década, y sobre todo durante la administración Reagan, tratando de contener los movimientos contra el dólar, se tomó una serie de medidas que llevaron, entre otras cosas, al aumento de las tasas de interés internacionales, obligando a los países endeudados del Tercer Mundo a cargar con el peso principal de la crisis en aquel momento, una crisis cuya característica más importante era, precisamente, la existencia de esa masa de capital ficticio que se movía fuera del control de las autoridades monetarias internacionales, incluso de las de EEUU. Pero la crisis no consiguió frenar ese exceso de liquidez que continúa siendo hoy, y cada vez más, el elemento perturbador fundamental del funcionamiento del conjunto de la economía mundial, en la medida en que el volumen de capital-dinero implicado es enorme si lo comparamos con el producto de los Estados nacionales particulares, especialmente los más pobres, que se encuentran a menudo frente a situaciones de impacto como la que provocó la crisis de México en 1995.

El segundo aspecto de la globalización, la del sistema productivo, también es el resultado de un proceso histórico cuyos orígenes próximos están en la crisis del

modelo de desarrollo de posguerra. El hecho es que a partir de los 70, la expansión de las operaciones de las empresas llamadas transnacionales llevó a que esas empresas dejaran de tener una base de operaciones nacional, como en el pasado, porque consiguieron asentar sus plantas productivas en diferentes países, evitando también, de esa forma, el control de la política económica interna de cada uno de ellos al buscar, evidentemente, aquellos espacios donde pudieran tener mayores ventajas comparativas, sobre todo, desde el punto de vista de las facilidades otorgadas por determinadas políticas económicas.

Todo este proceso, evidentemente, fragiliza también al Estado frente a los intereses del capital internacional –en este caso del capital productivo– haciendo que la capacidad de definición de una política nacional autónoma sea cada vez más limitada, principalmente en una situación de crisis estatal. Esta crisis también es consecuencia de la crisis económica cuya raíz está en el agotamiento del modelo de desarrollo que presidió la expansión de posguerra, basado en una matriz tecnológica definida por la segunda revolución industrial y sus desdoblamientos, bajo la égida de la expansión de los sectores de bienes de consumo durables, con un modelo de endeudamiento generalizado y desarrollo de la publicidad y de los sistemas de comunicación de masas.

Durante el periodo de posguerra, el rápido crecimiento de todos los sectores abría posibilidades importantes de distribución de la renta porque había un excedente de capital del cual el Estado podía apropiarse a través de la política fiscal, para llevar a cabo una política de *Welfare State*, al menos en los países desarrollados. Este es un periodo de avance de los sindicatos y los partidos de masas, un periodo en que los trabajadores comienzan a tener acceso a patrones de consumo más altos, en que las políticas públicas permitirán un proceso de crecimiento con un nivel de empleo elevadísimo. Todo lo cual se derrumba cuando sobreviene la crisis económica y se rompen las condiciones de financiamiento del Estado de bienestar.

En el sistema capitalista, el Estado es una garantía de las condiciones generales necesarias para el proceso de desarrollo que el capital individual no tiene capacidad de suplir. El Estado produce las condiciones externas necesarias para la acumulación. Esta es la preocupación central de la política económica en países capitalistas. Para que el Estado cumpla esa función, debe garantizar también su propia legitimidad frente a la población, a través de una política social que atienda a los intereses y las necesidades de las amplias masas nacionales. Con la crisis, la política social es la primera en ser cuestionada ya que se supone que, en el capitalismo, la política de apoyo a la acumulación no puede detenerse. Es claro que

los más débiles entre los trabajadores y los excluidos en general serán los más perjudicados por la crisis a causa del avance del desempleo y de la imposibilidad de continuar con una política de *Welfare State* de los mismos alcances que antes ya que la crisis fiscal no lo permite. Es en estas condiciones que se fortalece el neoliberalismo en el debate económico en perjuicio del pensamiento keynesiano, hasta entonces dominante.

La ideología neoliberal respalda, precisamente, la política de reducción de los gastos sociales y de achicamiento del Estado. Este acaba asumiendo la aparentemente inesperada función (crucial, digamos de paso) de organizar su propia retirada definiendo, a través de sus políticas, cuáles serán los vencedores y los perdedores del proceso llamado de reajuste. Así, el Estado continúa siendo el *locus* fundamental para la construcción de la hegemonía. Es quien asume, de hecho, la responsabilidad por el éxito o fracaso en la implementación del llamado proyecto neoliberal. Es pura fantasía, por tanto, la idea de una tendencia a la supresión de los Estados nacionales como resultado de la globalización económica.

El neoliberalismo es fundamentalmente una ideología característica de la crisis, que colabora en la profundización de ésta, porque articula fuertes argumentos en favor de la retirada del Estado defendiendo, incluso abiertamente, la necesidad del aumento de las desigualdades sociales, a las que define como creativas, pues serían un estímulo al trabajo. Pero el neoliberalismo no presenta salida a la crisis, tendiendo a ceder paso a ideologías más próximas al keynesianismo cuando las condiciones para la expansión se vayan recuperando. De cualquier forma, la ola neoliberal es consecuencia del hecho de que los Estados están obligados a someterse a las exigencias del capital internacional, del capital financiero, del capital que se globaliza. En estas condiciones, los Estados nacionales pasan a disputarse entre sí los flujos del capital internacional que, frente a la debilidad del Estado, es quien dicta las reglas del juego.

En la medida en que el Estado nacional se debilita frente al capital globalizado –y dado que esto se traduce en un alto grado de incapacidad de coordinación para hacerle frente a la crisis o incluso para administrarla, en el sentido de evitar desastres peores– surge inmediatamente como alternativa la posibilidad de construir algo parecido a un Estado global capaz, efectivamente, de garantizar la estabilidad del sistema frente a las tendencias destructoras de la competencia entre los capitales individuales y los Estados nacionales capitalistas. Este sería un tercer aspecto de la globalización, hasta el momento insuficientemente discutido.

Es claro que no se puede pensar un Estado de este tipo con un Estado territorial que funde su soberanía por oposición a la soberanía de otros Estados territoriales rivales. Indudablemente, las transformaciones a nivel de la base territorial de los Estados nacionales se deben considerar en detalle en el análisis del proceso de globalización, tanto en lo que se refiere a los procesos de fragmentación, como en los de constitución de bloques de países. Todo eso, mientras tanto, queda en el marco de los procesos más o menos clásicos de reestructuración del espacio, no apuntando necesariamente a la constitución del Estado global, aunque la reestructuración de las relaciones de hegemonía que está por detrás de la creación o de la destrucción de conglomerados políticos internacionales sea uno de los elementos del armado del bloque histórico hegemónico del Estado global en construcción.

Una base territorial determinada es importante para que una clase o grupo social hegemónico a nivel local pueda negociar su posición en el interior del bloque histórico hegemónico a nivel global. Las características de la estructura social y económica del Estado nacional de origen son determinantes, entre otras cosas, del poder de negociación de una clase o fragmento de clase específicos en el interior del bloque hegemónico. Es claro que la definición de ese poder de negociación, en las condiciones actuales, se da en gran medida en contra de los Estados nacionales, ya que los grandes bloques de capital transnacional son los agentes, en general predominantes, lo que hace que muchas veces el Estado nacional asuma el papel limitado de agente del capital nacional en la negociación internacional.

Sea como fuere, la negociación debe llevar a compromisos institucionalizados y a la constitución de instancias multinacionales de regulación que van, poco a poco, formando la espina dorsal burocrática del Estado global. La ONU, el FMI, el Banco Mundial, la OCDE, la OTAN, el Parlamento Europeo, el Consejo de Ministros, la OMC, una infinidad de instituciones más o menos poderosas, más o menos abarcadoras, forman parte de esa estructura extremadamente compleja de las instancias del poder mundial.

La posición de EEUU en ese conjunto es crucial en lo que se refiere a los tres elementos básicos que garantizan la hegemonía de cualquier Estado: la moneda, la lengua y el poder de vigilancia. En el primer caso, la revitalizada hegemonía norteamericana de los 80, a la que me referí brevemente antes, confirma la existencia de una moneda mundial no convertible, cuya única garantía es la estabilidad de la supremacía norteamericana en las relaciones internacionales, supremacía sólidamente asentada en bases económicas, políticas y militares, aun

cuando se enfrenta, en todos esos campos, con adversarios poderosos. Son, obviamente, esas mismas condiciones las que confieren a EEUU el poder de policía del mundo, sobre todo después del desmantelamiento del bloque soviético, aunque en ese caso la situación sea más compleja que en el anterior, en la medida en que la estructura del Estado militarista del periodo de la Guerra Fría es relativamente inadecuada a la situación actual.

En relación con la lengua, la cuestión es más interesante pues aun cuando la base fundamental del predominio del inglés haya sido la disputa por la división del planeta entre las principales potencias europeas en el periodo del mercantilismo, movimiento completado más tarde por el expansionismo neocolonial norteamericano, la actual e irresistible hegemonía de esa lengua a nivel mundial se debe a mecanismos puramente mercantiles, incluidos los de la poderosa industria de la cultura de EEUU, cuyo desarrollo pionero en términos monopólicos le confiere ventajas de precedencia enormes, prácticamente incontrastables en el proceso de mundialización de la cultura y de constitución de lo que Ortiz llama, con mucha propiedad, «cultura internacional popular».

Esta cultura está también profundamente asociada al movimiento expansivo del capitalismo de la posguerra, es decir, el desarrollo de la industria cultural bajo la hegemonía de la televisión, la expansión de una cultura individualista del consumo que conformaba «modos de vida» adecuados al paradigma fordista (bajo cuyo impulso se desarrollaron, por otro lado, los grandes sindicatos y partidos de masas que forman los sólidos pilares del *Welfare State* y de las políticas redistributivas de la renta en aquel largo y afortunado periodo). Esta cultura es, de hecho, el embrión de la cultura «nacional popular» del Estado global en gestación lo que, evidentemente, no disminuye las identidades locales y nacionales pero las subsume en un movimiento contradictorio.

En verdad, el paradigma de la sociedad de masas nacional se desarrolló hasta sus límites y, en su lugar, aparecen ahora dos tendencias complementarias. Por un lado, con la crisis del fordismo y el desarrollo del sistema de producción flexible, tenemos un avance inusitado de la fragmentación del cuerpo social, fruto una vez más de la expansión del capitalismo monopolista a lo largo del siglo XX y de la segmentación del mercado de trabajo y la complejización de la estructura de clases que trajo y que demostró, por primera vez, su carácter innovador e incluso explosivo al final de los 60. Pero, por otro lado, por más lejos que vaya ese proceso en lo que hace a la extrema individualización actual, no alcanza a eliminar la segunda tendencia, la del avance de la masificación y constitución de una sociedad

de consumo de masas global. En verdad, la dinámica masificación / individualización se puede entender como una unidad armónica que constituye el *modus operandi* de los mecanismos sistémicos que sustituyen las instancias de socialización propias del mundo de la vida, colonizándolo. En este sentido, es la marca de origen del capitalismo monopolista y de la industria cultural y está adquiriendo hoy contornos que asustan.

Con la globalización, no obstante, esa dinámica adquiere formas específicas, marcadamente regresivas. De lo que dijimos antes se desprende una tendencia a la conformación de una clase media global, formada por ejecutivos de las empresas transnacionales, intelectuales de diferentes tipos, trabajadores especializados que adquirieron alguna movilidad internacional, narcotraficantes, entre otros. Este sector medio, que incluye una aristocracia sindical y dirigentes de diferentes tipos de organizaciones no gubernamentales, se suma a una burguesía cada vez más internacionalizada en función del proceso hegemónico arriba descrito, y a una clase trabajadora también móvil que forma las grandes corrientes migratorias de nuestro tiempo, incluyendo masas de migrantes globales no calificados que no encontrarán trabajo decente en ninguna parte, globalizando también así la miseria y la exclusión social.

La inserción de cada clase o grupo social en el Estado global en formación es, de este modo, extremadamente asimétrica, pareciéndose mucho más al capitalismo liberal del siglo XIX que al capitalismo democrático del siglo XX, hecho que se explicita claramente con el surgimiento, actualmente de forma aún embrionaria, de una esfera pública burguesa globalizada. En su conocido trabajo de 1961, Habermas comenta la esterilización del carácter crítico de la esfera pública burguesa del capitalismo liberal a partir del momento, precisamente, en que con el surgimiento del Estado democrático de masas ampliaba su alcance más allá del ámbito restringido de los dueños de la propiedad privada y la educación. De este modo, justo cuando la esfera pública, investida por la revolución burguesa como condición de poder del Estado, se ampliaba para abarcar tendencialmente a la totalidad del pueblo-nación, sus mecanismos de articulación crítica son sustituidos por formas manipulatorias de comunicación de masas, para esterilizar, precisamente, el potencial revolucionario que aquella ampliación significaba. También en ese sentido, por lo tanto, el capitalismo del siglo XX se desvía de su fundamento.

Mientras tanto hoy, cuando el Estado «retrocede» abriendo una vez más el campo para la expansión, en el sentido clásico de la acumulación capitalista,

aparentemente sin los límites que el «capitalismo de Estado» le impone, también la esfera pública parece retomar su carácter crítico y restringido. Pero en ninguno de los dos casos se trata de un retorno puro y simple al pasado, ya que las condiciones que engendraron el modelo monopolista, a saber, el gran capital financiero y la gran empresa, lejos de desaparecer están adquiriendo contornos aún más radicales. Lo que se vive hoy, por lo tanto, es la reposición del fundamento del sistema en una base ampliada y transformada por más de un siglo de cambios profundos e irreversibles.

Es claro que no se puede decir *a priori* si la crisis actual nos llevará a un capitalismo renovado o a la debacle, al socialismo o a formas regresivas, precapitalistas y tribales. Hay indicios en todos los sentidos y no faltarán imprudentes de todo tipo para tranquilizarnos con sus visiones del paraíso futuro o asustarnos con el anuncio del apocalipsis inminente. La buena teoría nos manda, por el contrario, a encontrar las contradicciones para localizar las condiciones generales de regresión o de progreso y de éste tanto en su sentido capitalista, explotador, como en el del verdadero progreso del hombre en dirección a formas más justas de organización de la sociedad.

En el caso de la nueva esfera pública global, lo que se puede observar es que el paradigma de la comunicación de masas se mantiene ajeno a la gran mayoría de la población mundial, reforzándose aún más su sentido manipulatorio y, principalmente, el carácter inocuo del proceso democrático burgués. Paralelamente, un sector restringido de población, aunque siempre creciente en términos absolutos, constituirá una masa crítica capaz de influenciar en mayor o menor medida en las decisiones de los políticos. En realidad, incluso en el interior de esa masa crítica, las posibilidades de acción en relación al poder serán no solo variables de acuerdo a la coyuntura sino, sobre todo, asimétricas.

En el campo de la comunicación, internet es el mejor ejemplo: los ideólogos de la red predicen conceptos de igualdad y libertad y, en realidad, esa es la apariencia que es necesario develar. Sabemos que toda la malla está compuesta por una enorme y compleja jerarquía de nodos y que la acción de cada agente tiene límites enormemente diferenciados, según niveles de poder, propiedad y conocimiento. Hay, arriba y al lado de la *net*, sistemas cerrados e *intranets* globales, con o sin puertas de acceso pero a los que se accede con reservas, y hay incluso información que de ningún modo circula por los canales conocidos del público. Hay, finalmente, aquella mayoría absoluta que no tendrá ningún acceso a información relevante aunque eventualmente llegue a estar aplicada.

La dinámica de la exclusión adquiere, de este modo, contornos muy distintos de los que hasta hoy conocemos, aunque el referente de la clase perviva demostrando la actualidad del paradigma marxista. Pero ya no se puede ni de lejos tomar como base la estructura de clases del capitalismo del siglo XIX. La «clase obrera» del siglo XXI estará cada vez más formada por trabajadores intelectuales y burocráticos del sector público y privado, por ingenieros, médicos, profesores y artistas, trabajadores industriales altamente especializados, informáticos, científicos, al mismo tiempo que nuevas profesiones surgirán y las viejas serán remodeladas (Bolaño). ¿Cuál es la unidad de ese conjunto?, ¿cuáles los sectores que participan de la nueva esfera pública y cuáles los excluidos? Las viejas preguntas que animaron el movimiento socialista internacional se articulan hoy sobre nuevas bases. Viejas palabras adquieren un significado renovado: internacionalismo, reducción de la jornada de trabajo, acciones contra la colonización del tiempo libre.

Simultáneamente, el desarrollo capitalista nos brinda enormes posibilidades de liberación, al mismo tiempo que afina los mecanismos de dominación. En esas condiciones, retomar, con nuevos sentidos, la bandera socialista significa, una vez más, como al final del siglo XIX, romper los límites de la esfera pública burguesa, con la inclusión de los excluidos y el fin de la explotación del hombre por el hombre. Tal vez la acción revolucionaria global de esa nueva clase trabajadora transforme esa posibilidad en realidad antes del final del siglo XXI.

Bibliografía

- Bolaño, C: «Economía política, globalización y gomunicación» en *Nueva Sociedad* N° 140, 1995.
Habermas, J: *Mudanca Estrutural da Esfera Pública*, Tempo Brasileiro, Río de Janeiro, 1984.
Ortiz, R: *Mundializacao e Cultura*, Brasiliense, San Pablo, 1994.